

«Invasión desde Marte»  
Guión: Howard Koch

El presente texto es un extracto del guion radiofónico de Howard Koch que, a su vez, es una adaptación libre de la famosa novela de H. G. Wells *La Guerra de los Mundos* (publicada por primera vez en 1895). Lo presentó Orson Welles y lo interpretó la compañía del teatro Mercury en la estación de Radio de Columbia Broadcasting System, el 30 de octubre de 1938.

La presentación radiofónica de esta pieza, en la fecha mencionada, dio ocasión a un tremendo pánico que alcanzó a varios centenares de miles de habitantes de los estados de Nueva York y limítrofes. La actuación de Orson Welles y de su compañía fue tan perfecta, y los efectos de sonido tan reales, que los radioescuchas, olvidando que aquello era una representación artística, se persuadieron –al menos momentánea y parcialmente– de que «iba de veras» y de que los marcianos habían invadido la Tierra.

I

Orson Welles– Tenemos actualmente la completa seguridad de que, en los primeros años del siglo XX, nuestro planeta era vigilado muy de cerca por inteligencias mucho más penetrantes y perspicaces que las del hombre, aunque también estaban albergadas en cuerpos tan mortales como los nuestros. Sabemos que mientras los hombres se agitaban afanosamente en torno a sus múltiples ocupaciones y negocios, estaban siendo examinados y estudiados, quizá tan minuciosamente como el hombre mismo, con un microscopio, estudia e investiga las vicisitudes de los minúsculos seres que se agitan y se multiplican en el seno de una gota de agua. La gente se movía alegremente de un lado a otro, por todo el haz de la Tierra, en torno a sus pequeños quehaceres, llena íntimamente de una serena seguridad de su dominio sobre todo reducido y rodante fragmento del torbellino solar, que por casualidad o, mejor dicho, por designio Superior, el hombre había heredado, sacándolo de la misteriosa oscuridad del tiempo y del espacio. Sin embargo, a través del inmenso océano etéreo, mentes que son a nuestras mentes como las nuestras lo son a las de las bestias de la jungla, inteligencias vastas, frías y carentes de sentimientos de conmiseración, contemplaban a esta Tierra con ojos llenos de envidia y, poco a poco, pero con seguridad, trazaban sus planes contra nosotros. En el año treinta y nueve del siglo XX llegó su gran desilusión.

Era cerca del final del mes de octubre. Los negocios estaban en su mejor periodo. El miedo a la guerra se había alejado. Había vuelto al trabajo un número muy considerable de hombres. En el comercio las ventas alcanzaban su más alto punto. Este atardecer del 30 de octubre, el Servicio de Información Crossley estimaba el número de oyentes de las vanas estaciones de radio en treinta y dos millones.

[...]

Locutor– Señoras y caballeros, interrumpimos nuestro programa de baile, para comunicar a ustedes un boletín especial que debemos a la Radio Intercontinental de Noticias: «A las ocho menos veinte, hora central, el profesor Farrell, del Observatorio de Mount Jennings, de Chicago (Illinois), comunica que se han observado en el planeta Marte algunas explosiones de gas incandescente, que se suceden a intervalos regulares. El espectroscopio revela que el gas es hidrógeno y que éste se dirige hacia la Tierra con enorme velocidad. El profesor Pierson del Observatorio de Princeton, confirma las observaciones del profesor Farrell, y describe este fenómeno como (palabras textuales): un chorro de llama azul, disparado por un arma de fuego (hasta aquí las palabras textuales)».

[...]

Locutor– Ahora les rogamos a ustedes nos acompañen al Observatorio Princeton, en Princeton, donde Carlos Phillips, nuestro comentarista interrogará al famoso astrónomo profesor Pierson. Estamos ahora en Princeton, Nueva Jersey.

[Cámara de resonancia]

Carlos Phillips– Buenas noches, señoras y caballeros. Habla para ustedes Carlos Phillips, desde el observatorio de Princeton. Estoy en una gran sala semicircular totalmente oscura; solamente una abertura oblonga se advierte en la bóveda del techo. A través de esta abertura puedo contemplar el cielo tachonado de estrellas, que emiten un brillo frío sobre el intrincado mecanismo del enorme telescopio. Los ligeros ruidos de tictac que oyen ustedes no son otra cosa que las vibraciones de su mecanismo de relojería. El profesor Pierson está en pie, justamente encima de mí, sobre una pequeña plataforma, mirando a través de la lente gigantesca. Yo les ruego a ustedes, señoras y caballeros, que tengan un poco de paciencia ante cualquier demora que pudiera surgir a lo largo de nuestra entrevista. Además de su incesante vigilancia del firmamento, el profesor Pierson está atento a cualesquiera

comunicaciones telefónicas o de otra clase que pudieran reclamarle. En estos instantes está en contacto constante con centros astronómicos de todo el mundo... Profesor, ¿puedo comenzar mi entrevista?

Profesor Pierson— Cuando usted guste, señor Phillips.

Phillips— Profesor, ¿quisiera decir a nuestros oyentes qué es lo que exactamente observa usted en el planeta Marte a través de su telescopio?

Profesor Pierson— En este mismo momento no se nota nada extraordinario, señor Phillips. Un disco rojo flotando en el cielo azul y fajas transversales que cruzan el disco. Claramente perceptibles ahora, porque se da la circunstancia de que Marte se encuentra en el punto más cercano a la Tierra; en Oposición, como nosotros decimos.

Phillips— En su opinión, profesor Pierson ¿qué significan esas fajas transversales?

Profesor Pierson— Puedo asegurarle, señor Phillips, que no son canales, aunque tal sea la opinión popular de quienes imaginan que Marte está habitado. Desde un punto de vista científico, las fajas mencionadas deben considerarse puramente como el resultado de las condiciones atmosféricas peculiares en este planeta.

Phillips— ¿Está usted, pues, convencido, profesor, como hombre de ciencia que es, de que no existe en Marte una vida inteligente, tal como nosotros la imaginamos?

Profesor Pierson— Puedo asegurarle que las probabilidades en contra de ello son de mil contra una.

[...]

Locutor— Señoras y caballeros, tenemos aquí el último boletín de la Radio Intercontinental de Noticias, de Toronto, Canadá: «El profesor Morse de la universidad de Macmillan manifiesta que se han observado un total de tres explosiones en el planeta Marte entre las horas siete cuarenta y cinco y nueve veinte de la tarde, hora del este. Esta noticia confirma los anteriores informes recibidos de los observatorios americanos. Ahora, desde un punto muy cercano desde Trenton, Nueva Jersey, nos llega un aviso especial: «Manifiéstase que a las ocho cincuenta de la noche un enorme y llameante objeto, que se supone es un meteorito, ha caído en una granja de las cercanías de Grovers Mill, Nueva Jersey, a veintidós millas de Trenton. El resplandor fue visible en el cielo en un radio de algunos centenares de millas y el ruido del impacto se oyó, hacia el norte, hasta la ciudad de Elizabeth».

Desde la estación acabamos de despachar un equipo móvil de radio a la escena misma del suceso, desde donde nuestro comentarista señor Phillips les dará a ustedes una descripción total, tan pronto llegue allí desde Princeton. Entretanto, les llevamos a ustedes al hotel Martinet en Brooklyn, donde Bobby Millette y su orquesta les ofrecen un programa de música de baile.

[Música de «swing» durante veinte segundos...]

Locutor— Les trasladamos ahora a ustedes a Grovers Mill, Nueva Jersey.

[Ruidos y murmullos de la multitud... Sirenas de la policía]

Phillips— Señoras y caballeros, con ustedes nuevamente Carlos Phillips, en la granja Wilmuth, en Grovers Mill, Nueva Jersey. El profesor Pierson y el comentarista que les habla, hemos hecho el camino desde Princeton hasta aquí en diez minutos. Bueno... yo apenas sé por dónde comenzar, para darles a ustedes una relación verbal del extraño escenario que tengo ante mis ojos; algo que pudiera haberse sacado de una novela moderna de las Mil y una noches. Acabo de llegar aquí. Todavía casi no he tenido oportunidad de echar una mirada en torno mío. Supongo... sí, supongo... ¿qué es esto que tengo directamente delante de mí, medio enterrado en un amplio pozo? Ha debido caer con una fuerza terrorífica. La tierra está cubierta con las astillas de un árbol con el que debe de haber chocado antes de tocar el suelo. Lo que yo puedo ver del... objeto mismo no se parece mucho, que digamos, a un meteorito. Al menos a ninguno de los meteoritos que yo he visto en mi vida. Más bien se parece a un enorme cilindro. Tiene un diámetro de... ¿de cuánto diría usted, profesor Pierson?

Profesor Pierson [algo separado]— Unas treinta yardas.

Phillips— Unas treinta yardas... El metal de la cubierta es... Bueno, tampoco he visto nada parecido a eso en toda mi vida. Su color es algo así como de un blanco amarillento. Algunos espectadores curiosos están ahora empujando para acercarse al objeto a despecho de los esfuerzos de la policía para mantenerlos alejados. Están colocándose precisamente enfrente de mi línea de visibilidad... ¿Quisieran ustedes hacer el favor de echarse a un lado? ¡Hagan el favor!

Policía— ¡Échense a un lado! ¡Ah! ¡Échense a un lado!

Phillips— Mientras el policía empuja hacia atrás a la multitud, llega aquí con nosotros el señor Wilmuth, propietario de la granja. Estoy seguro de que tendrá algunas cosas interesantes que añadir a lo que les estamos refiriendo. Señor Wilmuth, ¿le importaría relatar a los radioyentes lo que usted recuerde del desacomodado visitante que ha caído justamente en el patio posterior de su casa? Acérquese más, por favor. Señoras y caballeros; con ustedes está el señor Wilmuth.

Wilmuth— Yo estaba oyendo la radio...

Phillips— ¡Más cerca y más alto, por favor!

Wilmuth— ¡Oh, perdón!

Phillips— ¡Más alto, por favor, y venga aquí, más cerca!

Wilmuth– Sí, señor... Mientras estaba yo oyendo la radio, y un poco adormilado, un profesor estaba hablando sobre Marte, y yo estaba medio dormido y medio...

Phillips– Bien, sí, señor Wilmuth. Y ¿qué pasó entonces?

Wilmuth– Como les estaba diciendo, yo estaba oyendo la radio un poco adormilado...

Phillips. Sí, sí, señor Wilmuth, ¿qué vio usted entonces?

Wilmuth– Primeramente no vi nada. Lo primero fue que oí algo...

Phillips– ¿Qué oyó usted?

Wilmuth– Un ruido como un zumbido. Algo así: sh, sh, sh..., algo así como un cohete un día de fiesta...

Phillips– Y luego ¿qué?

Wilmuth– Volví mí cabeza hacia fuera de la ventana y juraría que estaba durmiendo y soñando.

Phillips– ¿Sí?, diga.

Wilmuth– Vi una especie de rayo de luz verdosa y luego ¡pum! Algo que se estrelló contra la tierra. ¡Me tiró al suelo desde la silla!

Phillips– Bien, ¿se asustó usted, señor Wilmuth?

Wilmuth– Pues... no estoy muy seguro, calculo que... supongo que estaba un poco encolerizado.

Phillips– Gracias, señor Wilmuth. Muchas gracias.

Wilmuth– ¿Quiere usted que diga algo?

Phillips– No, muchas gracias; ya es bastante. Está muy bien... Señoras y caballeros, acaban de oír ustedes al señor Wilmuth propietario de la hacienda donde el objeto acaba de caer. Desearía poder trasladar a ustedes la atmósfera –el fondo– de este fantástico escenario. Centenares de coches se encuentran estacionados en un campo que se encuentra detrás de nosotros. La policía trata de contener la avalancha que de la carretera se dirige hacia la granja. Pero de nada le vale. Ahora mismo rompiendo el cordón policiaco de uno al otro lado. Los faros de los coches derraman un torrente de luz sobre el pozo, donde el objeto se encuentra medio enterrado. Algunos de los más arriesgados espectadores se aventuran hasta casi el borde mismo. Sus siluetas se recortan contra el resplandor del metal.

[Se oye un lejano y sordo zumbido]

Un hombre se acerca para tocar el objeto. En estos momentos sostiene una discusión con un policía. Vence el policía... Ahora señoras y señores, sucede algo que, en la excitación actual, no me he acordado de mencionar, pero que cada vez se deja oír con más claridad. Acaso ustedes mismos puedan captar en sus aparatos de radio. ¡Oigan!.. [Una larga pausa]... ¿Lo oyen ustedes? Es un extraño zumbido que parece de dentro del objeto. Voy a acercar más el micrófono. Aquí. [Pausa]. Ahora estamos a no más de veinticinco de distancia del pozo. ¿Pueden ustedes oír ahora? ¡Oh, profesor Pierson!

Profesor Pierson– Diga, señor Phillips.

Phillips– ¿Puede usted decirnos qué significa ese ruido rechinante que se oye dentro del objeto?

Profesor Pierson– Posiblemente proceda del desigual enfriamiento de su superficie.

Phillips– ¿Cree usted todavía, profesor, que se trata de un meteoro?

Profesor Pierson– No sé ya lo que pensar. El metal de la envoltura puede considerarse definitivamente como extraterrestre; desde luego no se encuentra en la Tierra. Por otro lado, la fricción con la atmósfera de nuestro planeta rasga con numerosos agujeros la superficie de los meteoritos. Pero este objeto presenta una envoltura totalmente lisa y, según puede usted apreciar, es de forma cilíndrica.

Phillips– ¡Un momento! ¡Algo sucede! ¡Señoras y caballeros, esto es espeluznante! ¡El extremo más cercano del objeto está comenzando como a pelarse en escamas! ¡La cabecera empieza a dar vueltas como un tornillo! ¡El objeto debe de estar hueco!

Unas voces– ¡Se está moviendo! ¡Mira, la maldita cosa esa se está desatornillando! ¡Echase atrás! ¡Fuera de ahí! ¡Atrás digo! ¡Tal vez hay dentro hombres que tratan de salir! ¡Pues está ardiendo al rojo vivo! ¡Van a arder como ascuas! ¡Atrás, atrás, allí! ¡Echa atrás a esos idiotas!

[De repente se oye el sonido rechinante de una gran pieza metálica que se cae a la tierra]

Voces– ¡Ha caído! ¡La tapa se ha soltado! ¡Cuidado! ¡Aquí! ¡Echase atrás!

Phillips– Señoras y señores, esto es lo más tremebundo que yo he visto en mi vida. ¡Un momento! Alguien se desliza afuera por el hueco de la cabecera del objeto. Alguien o... algo. Yo puedo advertir cómo hacia afuera de ese negro agujero dos discos luminosos miran... ¿Serán ojos? Pudieran ser de una cara. Pudiera ser...

[Gritos de horror procedentes de la multitud]

¡Santo cielo! Algo se arrastra como serpenteando fuera de la sombra, como una serpiente grisácea. Ahora otra más, y otra. A mí me parecen como tentáculos. Ahora puedo advertir el cuerpo de ese ser. Es grande como el de un oso y reluce como el cuero cuando está mojado. Pero ¡ese rostro...! Es... es algo indescriptible. Apenas puedo contenerme para no alejar mi vista de él. Los ojos son negros y brillan como los de una serpiente. La boca es como una v, de cuyas comisuras cuelgan gotas de saliva, que parecen temblar y dar latidos. El monstruo –o lo que eso sea– apenas puede moverse. Parece que el peso lo derrumba... tal vez la fuerza de la gravedad o algo así. El ser ese se está levantando... La muchedumbre se echa hacia atrás. Sus ojos han visto ya bastante. Ésta es la más extraordinaria experiencia... Apenas puedo encontrar palabras... Yo estoy estrechando conmigo y retirando hacia atrás

el micrófono, al mismo tiempo que les hablo. Tengo que hacer un alto en mi narración, hasta tanto que encuentre una nueva posición. ¡Mantengan la conexión, por favor, vuelvo en seguida!

[Música pianísima]

Locutor– Estamos dando a ustedes una descripción de un testigo ocular de lo que está sucediendo en la granja de Wilmuth en Grovers Mill, Nueva Jersey.

[Más música pianísima]

Devolvemos a ustedes la conexión con Carlos Phillips, en Grovers Mill.

Phillips– Señoras y caballeros (¿Se me oye?)... Señoras y caballeros, aquí estoy nuevamente, detrás de un muro de piedra junto al jardín del señor Wilmuth. Desde aquí puedo abarcar completamente todo el escenario.

Les voy a dar todos los detalles, en cuanto me sea posible hablarles. Y también en cuanto me sea posible ver lo que pasa. Ha llegado más policía del estado. Treinta de los policías están acordonando el frente del pozo. No es necesario ahora empujar hacia atrás a la multitud. Esta ya se cuida mucho de guardar una distancia conveniente. El capitán está conferenciando con alguien. No podemos ver exactamente con quien. ¡Ah, sí! Creo que es con el profesor Pierson. Sí, es él. Ahora se separan los dos. El profesor da vueltas por un lado del pozo, estudiando el objeto, mientras el capitán y dos policías avanzan sosteniendo algo entre sus manos. Ya puedo ver lo que es. Es un pañuelo blanco atado a una larga vara. Una bandera blanca, de tregua. ¡Si esos seres saben lo que eso significa! ¡Lo que significa cualquier cosa!... ¡Aguarden! ¡Algo está pasando...!

[Se oye un silbido seguido de zumbidos, que van aumentando en intensidad]

Una figura encorvada se levanta del hoyo. Puedo adivinar algo así como un breve rayo de luz dirigido contra un espejo. ¿Qué es esto? Un chorro de llamas salta de ese espejo y se dirige a los hombres que avanzan. Los derriba a todos! ¡Santo Dios, todos ellos se están abrasando!

[Alaridos y chillidos extraterrestres]

Ahora todo el campo comienza a arder. [Se oye una explosión]. Los bosques... los patios de las granjas... los depósitos de combustible de los automóviles... el fuego se extiende por todas partes. Se acerca hacia aquí. Unas veinte yardas hacia mi derecha...

[Se oye el chasquido del micrófono... luego un silencio de muerte...]

Locutor– Señoras y caballeros, debido a circunstancias que escapan a nuestras previsiones no podemos continuar transmitiendo para ustedes desde Grovers Mill. Evidentemente se han producido ciertas dificultades en nuestro equipo móvil de transmisión. Sin embargo, volveremos a hablarles desde allí, lo más pronto posible. Entretanto, les damos a ustedes el último boletín llegado desde San Diego, California: «El profesor Indellkoffer, a los postres de un banquete de la Sociedad Astronómica de California, ha expresado su opinión de que las explosiones en el planeta Marte son, sin duda alguna, nada más que ciertas perturbaciones muy agudas de carácter volcánico en la superficie del planeta». Ahora seguimos con un breve intermedio de música de piano.

[Piano... Corte]

Señoras y caballeros, acabo de recibir un mensaje que llega aquí directamente por teléfono desde Grovers Mill. Aguarden un momento. Cuarenta personas al menos, incluidos seis soldados, yacen muertos en un campo al este del pueblo de Grovers Mill. Sus cuerpos aparecen quemados y contorsionados más allá de toda posibilidad de identificación. Las inmediatas palabras que ustedes van a escuchar son las del brigadier general Montgomery Smith, comandante de la milicia del estado en Trenton, Nueva Jersey.

Smith– He sido requerido por el gobernador de Nueva Jersey para poner en estado de guerra los condados de Mercer y Middlesex hasta Princeton por el oeste, y hasta Jamesburg por el este. Nadie podrá entrar dentro de los límites de esta área, a menos que vaya provisto con un pase especial, expedido por las autoridades estatales o militares. Cuatro compañías de la milicia del estado están llegando desde Trenton a Grovers Mill y ayudarán a la evacuación de la población dentro de las normas de las operaciones militares. Gracias.

Locutor– Acaban ustedes de oír al general Montgomery Smith, comandante de la milicia del estado en Trenton. Entretanto, siguen llegando nuevos detalles de la catástrofe en Grovers Mill. Los extraños seres extraterrestres, después de desatar su mortífero asalto, se han retirado a su pozo y no han hecho ninguna tentativa para evitar los esfuerzos de los bomberos para rescatar los cuerpos y extinguir el fuego. Los departamentos combinados del condado de Mercer para extinción de incendios están luchando contra las llamas, que amenazan adueñarse de toda la zona.

Hasta ahora no nos ha sido posible establecer contacto alguno con nuestro equipo móvil de Grovers Mill, aunque esperamos poder volver a radiarles desde allí dentro de poco. Entretanto, les devolvemos a ustedes... ¡Eh, un momento por favor!

[Sigue una pausa larga... Susurros]

Señoras y caballeros, acaban de comunicarme que se ha podido establecer comunicación con un testigo presencial de la tragedia. El profesor Pierson ha sido localizado en una granja cerca de Grovers Mill, donde ha establecido un puesto provisional de observación. Dado su carácter de hombre de ciencia, él les dará a ustedes una explicación de este desastre. Van ustedes a oír la voz del profesor Pierson, traída hasta aquí por teléfono directo. Profesor Pierson...

Profesor Pierson– De los seres salidos del cohete cilíndrico de Grovers Mill no puedo darles a ustedes una información autorizada ni en cuanto a su naturaleza, ni en cuanto a su origen o a sus propósitos aquí sobre la Tierra. Por lo que se refiere a sus instrumentos de destrucción únicamente puedo aventurar una explicación llena de reservas. A la falta de términos más precisos me referiré a esta arma misteriosa designándola con el nombre de «rayo de calor». Es absolutamente evidente que estos seres poseen un conocimiento científico mucho más avanzado que el nuestro. Mi suposición personal es que están en condiciones de poder generar un intensísimo calor en una cámara absolutamente adiatérmica. Este intenso calor lo proyectan ellos por medio de un doble rayo paralelo, contra el objeto elegido, valiéndose de un cristal parabólico pulimentado, de composición desconocida, análogamente a como el espejo de un proyector de faro lanza su rayo de luz. Esta es mi suposición sobre el origen del «rayo de calor».

Locutor– Gracias, profesor Pierson. Señoras y caballeros, tenemos aquí un comunicado desde Trenton. Es una breve declaración que nos informa de que el cuerpo carbonizado de Carlos Phillips, el comentarista de radio, ha podido ser identificado en un hospital de Trenton. Ahora nos llega otro boletín desde Washington, distrito federal: «La oficina del director de la Cruz Roja nacional informa de que diez unidades de empleados provisionales de la Cruz Roja han sido asignadas al cuartel general de la milicia del estado, estacionada en las afueras de Grovers Mill, Nueva Jersey».

Otro boletín de la policía del estado de Príncipe Junction dice lo siguiente: «Los fuegos de Grovers Mill y su entorno han sido sofocados. Los observadores informan de que todo está tranquilo en estos momentos en el pozo, y que no aparece señal alguna de vida en el morro del cilindro». Y ahora, señoras y caballeros, les damos un comunicado especial del señor Harry MacDonald, que actúa de vicepresidente encargado de las operaciones.

[...]

[Silencio]

Locutor– Señoras y caballeros, tengo que anunciarles un grave suceso. Aunque ello pueda parecer increíble, las observaciones de carácter científico por un lado y la evidencia de nuestro propio testimonio por otro, nos hace creer de una manera incontestable, que estos extraños seres que aterrizaron en la campiña de Jersey esta noche última, son la vanguardia de un ejército invasor procedente del planeta Marte. La batalla que ha tenido lugar esta noche en Grovers Mill ha terminado en una de las más desastrosas derrotas jamás sufridas por un ejército en los tiempos modernos: siete mil hombres armados con rifles y ametralladoras se lanzaron contra una sola máquina guerrera de los invasores marcianos. Se han salvado solamente ciento veinte hombres. El resto yace en el campo de batalla entre Grovers Mill y Plainsboro, aplastado y pisoteado hasta haber encontrado la muerte bajo los pies de metal del monstruo, o haber sido reducidos a cenizas por sus rayos de calor. El monstruo controla en la actualidad el sector central de Nueva Jersey y ha dividido en realidad el estado en dos, justamente por su centro. Están cortadas las líneas de comunicación de Pennsylvania al océano Atlántico. Las vías de ferrocarril están destrozadas y el servicio desde Nueva York a Filadelfia, interrumpido, con excepción de algunos trenes entre Allentown y Phoenixville. Las carreteras hacia el norte, sur y oeste se encuentran abarrotadas de gente que huye horrorizada. Las reservas de la policía y del ejército son incapaces de controlar la frenética huida. Durante la mañana los fugitivos habrán entrado en Filadelfia, Camden y Trenton, en oleadas humanas, cuyo número puede calcularse, dos veces superior a su población normal.

En estos momentos se ha decretado la ley marcial en Nueva Jersey y en el estado de Pennsylvania en su parte oriental. Ahora les llevamos a ustedes a Washington, para que escuchen una transmisión especial sobre el estado de urgencia nacional... El secretario del Interior...

Secretario del Interior– Ciudadanos de esta nación: No trataré de ocultar la gravedad de la situación por la que atraviesa este país, ni la constante preocupación del gobierno en proteger las vidas y propiedades de su pueblo. Sin embargo, deseo inculcar en vosotros –ciudadanos particulares y funcionarios públicos en su totalidad– la urgente necesidad de conservar la calma y de contribuir a ella con vuestros recursos. Afortunadamente, este formidable enemigo está confinado todavía dentro de un área relativamente reducida; y nosotros podemos tener la firme confianza de que nuestras fuerzas militares poseerán la potencia suficiente para contenerlo allí. Entretanto, puesta nuestra fe en Dios, debemos proseguir todos y cada uno de nosotros en el cumplimiento de nuestros deberes, de modo que podamos ofrecer a este adversario destructor, el frente sólido de una nación unida, valiente, y dedicada a la preservación de la supremacía humana sobre la Tierra. Gracias.

Locutor– Acaban de oír ustedes, al secretario del Interior que les ha hablado desde Washington. Los

boletines, numerosísimos, que nos llegan a cada instante se van amontonando aquí, en el estudio. Nos informan de que la parte central de Nueva Jersey está privada de comunicación por radio, a causa de los efectos del rayo de calor sobre las líneas de alto voltaje y los equipos eléctricos. Aquí tenemos un boletín especial transmitido desde Nueva York: «Se reciben cables de instituciones científicas inglesas, francesas y alemanas, que ofrecen su colaboración. Los astrónomos informan de que se producen continuas explosiones de gases, a intervalos regulares, sobre el planeta Marte. La mayoría de nuestros comunicantes opinan que el enemigo trata de enviar refuerzos de nuevos cohetes con máquinas de guerra. Se han hecho tentativas para localizar al profesor Pierson, de Princeton, que ha estado observando a los marcianos desde muy cerca. Se teme que haya podido morir en la reciente batalla». Langham Fleid, Virginia: «Aviones de observación informan de que tres máquinas marcianas, visibles por encima de las copas de los árboles, avanzan hacia el norte en dirección a Somerville, mientras que la población huye delante de ellos. En estos momentos no usan el rayo de calor; aunque avanzan a la velocidad de un tren expreso, los invasores eligen cuidadosamente su camino. Parece que tratan de evitar la destrucción de las ciudades y de las campiñas. Sin embargo, se detienen para destruir las líneas de alta tensión, los puentes y las vías de ferrocarril. Su aparente objetivo actual es hundir toda resistencia, paralizar las comunicaciones, y desorganizar la sociedad humana».

Aquí tenemos un boletín que nos llega de Basking Ridge, Nueva Jersey: «Unos cazadores negros se han encontrado con un segundo cilindro, semejante al primero, incrustado en la gran zona pantanosa situada a veinte millas al sur de Morristown. Piezas de artillería de campo del ejército de Estados Unidos se dirigen desde Newark para destruir la segunda unidad invasora antes de que el cilindro pueda abrirse y ser izada su máquina de guerra. En estos momentos están tomando posiciones en las laderas de las montañas Watchung». Oigan otro boletín remitido desde Langham Field, Virginia: «Los aviones de observación informan ahora de que las máquinas enemigas, en número de tres, aumentan su velocidad hacia el norte, derribando casas y árboles, y manifiestan una evidente prisa en establecer contacto con sus aliados, caídos al sur de Morristown. Las máquinas han sido avistadas por un telefonista al este de Middlesex, a tres millas de Plainfield». Aquí hay otro boletín de Winston Ficid, Long Island: «Una escuadrilla de bombarderos, con explosivos pesados, vuela hacia el norte en persecución del enemigo. Aviones de caza hacen las veces de patrulleros. Están avistando al enemigo que marcha rápidamente». ¡Un momento, por favor! Señoras y caballeros, hemos instalado equipos especiales directos hasta la línea de artillería emplazada en las localidades adyacentes, con el fin de dar a ustedes una información directa en la zona de avance del enemigo. Primeramente conectamos con la batería del 21 regimiento de Artillería de campo, situado en las Montañas Watchung.

[...]

[Volteo de campanas, en gradual disminución, sobre la ciudad]

Locutor— Les hablo desde los tejados del edificio de la Radio de la ciudad de Nueva York. Las campanas que oyen ustedes están volteando con el fin de avisar a la población de que debe evacuar la ciudad ante la aproximación de los marcianos. En estas dos últimas horas se estiman en tres millones de personas las que han salido por las carreteras hacia el norte, por el bulevar del río Hutchison, que todavía permanece abierto para el tráfico rodado. Eviten los puentes que llevan a Long Island, pues se encuentran absolutamente abarrotados. Toda clase de comunicaciones con la costa de Nueva Jersey ha quedado cerrada hace diez minutos. No quedan más defensas. Nuestro ejército ha sido barrido... La artillería, la aviación... todo ha sido barrido. Esta puede ser nuestra última emisión. Permaneceremos aquí hasta el final. La población está asistiendo a los servicios religiosos que se celebran debajo mismo de nosotros, en la catedral.

[Se oyen voces que cantan himnos religiosos]

Echo un vistazo a la parte baja del puerto. Toda clase de barcos, saturados de gente que huye, salen de las dársenas.

[Sonidos de las sirenas de los barcos]

Las calles se encuentran abarrotadas de gente. El ruido de la muchedumbre es semejante al de la noche de Año Nuevo en el centro de la ciudad. Un momento, ¡atención!... El enemigo está ahora a la vista; precisamente encima de Palisades. Se ven cinco grandes máquinas. La primera cruza en estos momentos el río. Puedo verla desde aquí vadeando el Hudson como un hombre que atravesase un arroyo. Me entregan ahora un boletín... Los cilindros marcianos están descendiendo sobre toda la nación. Uno ha caído en las afueras de Buffalo, otro en Chicago, en San Luis... Su caída parece estar calculada y espaciada... Ahora mismo la primera máquina llega a esta orilla. Se queda un rato parada, vigilando y mirando hacia la ciudad. Su cabeza de acero, a manera de capucha, alcanza la altura de los rascacielos. Parece aguardando la llegada de las otras máquinas. Allí surgen como una cadena de nuevas torres en la parte occidental de la ciudad... Ahora levantan sus manos metálicas... ¡Ha llegado ya el final! Sale humo... un humo negro, que avanza sobre la ciudad. La gente, que corre por las calles, lo ha advertido. Todos se dirigen ahora corriendo hacia el río del Este... Millares de ellos, caen en el

agua como ratas. El humo se expande con mayor rapidez. Ha llegado a Times Square. La gente trata de escapar de él, pero de nada le sirve. Caen como moscas. Ahora el fuego está cruzando la Sexta Avenida... La Quinta Avenida... Lo tengo a cien yardas... Está sólo a cincuenta pies...

## II

Profesor Pierson— Mientras redacto estas notas sobre el papel, estoy obsesionado con el pensamiento de que puedo ser tal vez el último ser viviente que queda sobre la Tierra. He permanecido oculto en esta casa vacía cerca de Grovers Mill... Una pequeña isla de claro día, separada por el negro humo del resto del mundo. Todo cuanto ha ocurrido antes de la llegada de esos monstruosos seres a la Tierra me parece en estos momentos un fragmento de otra vida... Una vida, que no guarda continuidad con la presente, furtiva existencia del único superviviente abandonado, que traza estas palabras sobre la cubierta de un cuaderno de notas astronómicas, que llevan la firma de Ricardo Pierson. Contemplo mis manos ennegrecidas, mis zapatos destrozados, mi traje hecho jirones, y me esfuerzo en relacionar todo con un profesor que vivía en Princeton y que, en la noche del 30 de octubre, miraba a través de su telescopio una explosión luminosa de una tonalidad anaranjada sobre un distante planeta. Mi mujer, mis colegas, mis alumnos, mis libros, mi observatorio, mi... mi mundo...

¿Dónde están? ¿Existieron en algún tiempo? ¿Soy yo Ricardo Pierson? ¿Qué día es hoy? ¿Existen los días si no hay calendario? ¿Pasa el tiempo cuando no hay manos humanas para dar cuerda a los relojes? Al consignar aquí mi vida de hoy, me digo que he de preservar la historia humana entre las negras cubiertas de este pequeño libro, que se había hecho simplemente para registrar los movimientos de las estrellas. Pero para escribir debo vivir, y, para vivir, debo comer... Me he encontrado en la cocina un pan enmohecido, y una naranja sólo parcialmente averiada y que me la puedo comer. Desde la ventana mantengo constante vigilancia. De cuando en cuando, puedo ver a un marciano por encima del negro humo.

El humo todavía mantiene a la casa en que estoy, totalmente cercada con su negro anillo... Pero, por último, se produce un sonido silbante y, de repente, veo a un marciano, montado sobre su máquina, que rocía el aire con un chorro de vapor, como si tratara de disipar el humo. Desde una esquina puedo observar cómo sus enormes piernas metálicas casi rozan esta casa.

Consumido por el terror, he caído como dormido.

Es de mañana. El sol lanza un torrente de luz contra la ventana. La negra nube de gas se ha desvanecido y los prados agostados, que se extienden hacia el norte, aparecen como si una tormenta de nieve negra hubiera descargado encima de ellos. Me aventuro a salir de la casa. Me dirijo hacia una carretera. No hay tráfico alguno. Aquí y allí se ve un coche destrozado, un equipaje caído, un esqueleto ennegrecido. Me encamino hacia el norte. Por alguna razón, me siento más seguro siguiendo las huellas de estos monstruos que escapándome lejos de ellos. Mantengo siempre una cuidadosa vigilancia. He visto comer a los marcianos. Si alguna de estas máquinas apareciese por encima de las copas de los árboles, estoy dispuesto en todo momento a dar un brinco y echarme extendido sobre el suelo. Me acerco a un castaño. En octubre las castañas están maduras. Lleno de ellas mis bolsillos. Debo conservar la vida. Hace dos días que ando errabundo, siguiendo vagamente la dirección norte a través de un mundo desolado. Por último, advierto a una criatura viviente... Una pequeña y rojiza ardilla que se mueve sobre la rama de un haya. La contemplo lleno de un sentimiento de profunda admiración. El animalito vuelve su cabecita y me mira. Creo que, en este momento, el animalito y yo compartimos la misma emoción... La alegría de encontrar a otro ser que vive, que vive también... Sigo hasta el norte. Encuentro unas vacas muertas en un campo nauseabundo. Más allá destacan las calcinadas ruinas de una lechería. La torre de un silo permanece en pie..., como un guardián sobre la llanura destrozada, como un faro desierto junto al mar. A horcajadas sobre la techumbre del silo, se yergue el gallo de la veleta. La flecha señala hacia el norte.

Al día siguiente, llego a una ciudad cuyos contornos me son vagamente familiares. Sin embargo, sus edificios aparecen extrañamente recortados y aplastados hasta el suelo, cual si un gigante hubiera partido en rebanadas sus más altas torres, de un caprichoso y descomunal manotazo. Llego hasta las afueras. He encontrado a Newark abatida, pero sin demoler, por algún capricho de los marcianos en su avance. Repentinamente, experimento una rara sensación de que soy vigilado, y entonces advierto algo que se agazapa en un portal. Me dirijo allí, y en seguida ese algo se levanta y se convierte en un hombre... Un hombre, armado con un ancho cuchillo.

Forastero— ¡Alto! ¿De dónde viene usted?

Profesor Pierson— Vengo de... muchos sitios. Hace mucho tiempo, desde Princeton.

Forastero— ¿Princeton? Mmm... Eso era cerca de Grovers Mill. ¿No?

Profesor Pierson— Sí.

Forastero— Grovers Mill... [Se ríe como si hubiera oído un buen chiste]. Allí no hay alimentos. Esta es mi tierra. Toda esta parte final de la ciudad hacia abajo, hasta el río. Sólo hay alimentos para uno... ¿Hacia dónde se dirige usted?

Profesor Pierson— No lo sé. Creo que estoy buscando... gente.

Forastero— [Nerviosamente] ¿Qué es eso? ¿Entonces ha oído usted algo?

Profesor Pierson— ¡Tan sólo un pájaro! ¡Un pájaro vivo!

Forastero– Usted debería saber que en estos días los pájaros tienen sombra... ¡Oiga! Aquí estamos al aire libre. Vamos a refugiarnos en un portal y allí hablaremos.

Profesor Pierson– ¿Ha visto usted a los marcianos?

Forastero– Se fueron a Nueva York. Durante la noche el cielo palpita con sus luces. Exactamente como si todavía viviesen allí sus vecinos. Durante el día no se les puede ver. Hace cinco días un par de ellos llevaban algo muy grande desde el aeropuerto a través de la Plana. Creo que están aprendiendo a volar.

Profesor Pierson– ¡Volar!

Forastero– Sí, a volar.

Profesor Pierson– Entonces podemos decir que la Humanidad se acabó ya, forastero; sólo quedamos usted y yo. Sólo dos supervivientes.

Forastero– Los monstruos se han establecido en una tierra firme: han arruinado a la nación más grande del mundo. Esas estrellas verdes... probablemente seguirán cayendo todas las noches en diversas partes. Tan sólo han perdido una máquina. No nos queda nada que hacer. Estamos deshechos. Estamos exterminados.

Profesor Pierson– ¿Dónde estuvo usted? Usted lleva uniforme...

Forastero– Lo único que me queda. Yo estaba en la milicia, en la Guardia Nacional. ¡Bueno va! No hubo más guerra que la que hubiera podido haber entre los hombres y las hormigas.

Profesor Pierson– Pero nosotros éramos hormigas comestibles. Eso es lo que yo he averiguado. ¿Qué van a hacer con nosotros?

Forastero– Yo lo tengo ya todo pensado. Hasta ahora nos cogían a medida que nos necesitaban. Un marciano no tiene más que ir andando unas pocas millas y coger de paso a toda una multitud. Pero en adelante no lo harán así. Nos cogerán sistemáticamente... Escogerán a los mejores y los guardarán en jaulas o algo así. ¡Todavía no han comenzado con nosotros!

Profesor Pierson– ¿Que no han comenzado?...

Forastero– ¡No han comenzado todavía! Todo lo que ha pasado hasta ahora, es porque no hemos tenido suficiente buen sentido para estarnos quietos; y les hemos estado molestando con cañones y toda esa porquería y perdido nuestra cabeza, corriendo en grandes manadas. Ahora en vez de andar moviéndonos como ciegos, nosotros tenemos que sujetarnos a vivir conforme a la actual situación. Ciudades, naciones, civilización, progreso...

Profesor Pierson– Pero si eso fuera así, ¿qué razón queda para vivir?

Forastero– Ya no será posible establecer conciertos que duren un millón de años o algo así, ni habrá cenitas en los restaurantes. Si son diversiones tras lo que anda usted, sepa que corre usted en vano.

Profesor Pierson– ¿Qué es pues lo que queda?

Forastero– ¡La vida! Esto es lo que queda! ¡Yo lo que necesito es vivir! ¡Y usted también! No vamos a dejarnos exterminar. Yo no quiero dejarme coger tampoco, ni que me domestiquen ni que me ceben y engorden como a un buey.

Profesor Pierson– Y ¿qué es lo que va a hacer usted, entonces?

Forastero– Yo me voy... justamente siguiendo sus pasos. Tengo un plan. Nosotros, los hombres, como hombres estamos liquidados ya. Todavía no lo sé bien, pero nosotros tenemos todavía que aprender mucho antes de que se nos ofrezca una oportunidad. Y tenemos que vivir y seguir libres hasta tanto que podamos aprender. Como ve usted, yo lo he pensado todo.

Profesor Pierson– Dígame, dígame todo lo que piensa.

Forastero– ¡Bueno! No todos nosotros servimos para bestias salvajes, y así es como debe de ser. Por eso yo le vigilaba a usted. Todos los pequeños trabajadores de oficio y artesanos que solían vivir en estas casas, no hubieran valido. No tienen correa para eso. No servían más que para ir corriendo a su trabajo. He visto centenares de ellos, corriendo como animales, para coger su tren matutino de abonados, con miedo de que, si no lo alcanzaban, tendrían que ir luego como sardinas en lata, y otras veces corriendo también por la noche, con miedo de que no llegarían a tiempo a cenar. Tenían sus vidas aseguradas, e invertida una cantidad para el caso de un accidente. Y los domingos se aburrían soberanamente pensando en su porvenir. Los marcianos serán para ellos como un buen golpe de fortuna. Tendrán bonitas jaulas, buena comida, buena educación, y ninguna preocupación. Después de una semana o cosa así de andar errantes por los campos con el estómago vacío, darán la vuelta y se verán contentos cuando los cojan.

Profesor Pierson– Usted ha pensado en todo ¿no es así?

Forastero– ¡Vaya que sí! Pero aún hay algo más. Esos marcianos cogerán a algunos de ellos como animalitos domesticables y les enseñarán a hacer algunos trucos. ¿Quién sabe? Tendremos que lamentar al niño que fue comenzado a domesticar, después creció y tuvieron que matarlo. Y a algunos, quizá, los enseñarán para que nos cacen a los demás.

Profesor Pierson– No, eso es imposible. Ningún ser humano...

Forastero– Sí, claro que lo harían. Hay muchos hombres que harán esto con mucho gusto. Si uno de ellos viniera detrás de mí...

Profesor Pierson– Entretanto, usted y yo, y otros como nosotros ¿dónde vamos a vivir cuando los marcianos sean dueños de la Tierra?

Forastero– También me he preocupado de eso. Viviremos bajo tierra. Me he acordado de las alcantarillas. Bajo Nueva York se extienden millas y más millas de alcantarillado. Las principales son bastante



grandes para cualquiera. Además, hay en el subsuelo bodegas, bóvedas, almacenes subterráneos, túneles de los ferrocarriles y del metro. ¿Me empieza a comprender usted, eh? Y conseguiremos reunir un puñado de hombres fuertes. Nada de gente débil. Esos desperdicios humanos ¡fuera!

Profesor Pierson— ¿Y dice usted que vaya yo ahí con usted?

Forastero— Bueno... yo le doy a usted una oportunidad para hacerlo, si quiere.

Profesor Pierson— No nos pelearemos por eso. Siga.

Forastero— Y tendremos que buscarnos lugares bien seguros donde permanecer ¿sabe? Y deberemos conseguir todos los libros que podamos... libros de ciencias se entiende. Ahí es donde los hombres, como usted, acostumbran a ir ¿no es así? Penetraremos furtivamente en los museos y espiaremos siempre a los marcianos. Puede que no tengamos que aprender durante demasiado tiempo antes de que... Imagínese nada más que esto: cuatro o cinco de sus máquinas de guerra que de repente echan a andar lanzando rayos de calor a derecha e izquierda sin ningún marciano dentro. ¡Sin ningún marciano dentro!, ¿me comprende? Sino sólo hombres, hombres que han aprendido lo mismo que ellos. Podría suceder esto, incluso en nuestro tiempo. ¡Oh! ¡Imagínese qué sería poseer uno de esos aparatos con su rayo de calor! Lo lanzaríamos contra los marcianos, lo lanzaríamos también contra los hombres. Pondríamos a todos de rodillas delante de nosotros.

Profesor Pierson— ¿Es ése su plan?

Forastero— Usted y yo y unos pocos más, seríamos dueños del mundo.

Profesor Pierson— Ya, ya lo veo.

Forastero— Oiga ¿qué le pasa? ¿Adónde se va usted ahora?

Profesor Pierson— A un sitio distinto de su mundo. Adiós, forastero...

Después de dejar al artillero, llegué finalmente al túnel Holland. Entré por este silencioso camino subterráneo, ansioso por conocer cuál había sido el destino de la gran ciudad situada al otro lado del río Hudson. Con gran precaución, salí del túnel y me encaminé por la calle Canal.

Llegué a la calle Catorce, y allí volví a encontrar polvo negro y algunos cuerpos, y también un mal olor lleno de presagios, a través de las verjas de los sótanos de algunas casas. Seguí errante atravesando las calles Treinta y Cuarenta, y me paré solitario en Times Square. Me fijé en un perro escuálido que corría por la avenida Dieciséis abajo con un pedazo de carne oscura entre sus dientes, y a un montón de chuchos hambrientos siguiéndole. El perro dio un amplio rodeo en torno a mí, como si temiera que yo fuese un adversario recién llegado. Seguí marchando, Broadway arriba, en pos de las huellas de ese polvo extraño. Dejé atrás los escaparates silenciosos de las tiendas, que mostraban sus mudas mercancías a las aceras desiertas; atrás dejé también el teatro Capitol, silencioso, negro; pasé por una exposición de objetos de caza, en la que una hilera de rifles descargados apuntaban a una fila de patos de madera. Cerca de Columbus Circle vi un coche, modelo 1939, en las salas de exposición, que hacían frente a las calles solitarias. Desde la terraza del último piso del edificio de la compañía General Motors me fijé en un banderín de negros pájaros que daban vueltas en el cielo. Me apresuré a bajar. De repente, advertí la capucha de una máquina marciana, que se erguía en alguna parte del parque central, resplandeciente al último sol de la tarde. ¡Qué absurda idea se me ocurrió! Corrí atrevidamente a través Columbus Circle y entré en el parque. Subí a una pequeña colina sobre el estanque, a la altura de la calle Sesenta. Desde allí pude contemplar a diecinueve de aquellos grandes titanes metálicos, erguidos en una muda fila a lo largo del Mall, con sus capuchas vacías y sus brazos de acero colgando pesadamente a sus lados. Traté en vano de ver los monstruos que habitaban esas máquinas.

Al punto, mis ojos se sintieron atraídos hacia la inmensa bandada de negros pájaros que planeaban directamente debajo de mí. Dando grandes y pesados giros llegaron hasta posarse sobre la tierra, y allí ante mis ojos, duros y silenciosos, pude contemplar a los marcianos, desparramados por el suelo, y a las negras aves que picoteaban sus cuerpos y rasgaban jirones negruzcos de carne de sus cuerpos muertos. Más tarde, cuando estos cuerpos pudieron ser examinados en los laboratorios, se halló que habían sido exterminados por las bacterias de la putrefacción y de las enfermedades, contra las que sus sistemas fisiológicos no se hallaban preparados... Muertos, después de que todas las defensas del hombre habían fallado, por la más humilde criatura que Dios en su sabiduría había puesto en esta Tierra.

Antes de que cayera el primer cilindro, existía la creencia general de que, a través de las profundas distancias del espacio, no existía otra vida que la que bullía en la insignificante superficie de nuestra minúscula esfera. Pero ahora miramos más allá. Admirable aunque borrosa es la visión que yo me he atrevido a hacer surgir en mi mente, sobre una vida que lentamente se irá esparciendo desde esta minúscula semilla del sistema solar a través de las inanimadas extensiones del espacio sideral. Pero esto es un sueño remotísimo. Puede ser que la destrucción de los marcianos sea solamente un acto dilatorio. O tal vez a ellos, y no a nosotros esté encomendado el futuro. Ahora me parece extraño poder estar sentado en mi apacible estudio de Princeton, escribiendo el último capítulo de mis memorias, comenzadas en una granja abandonada de Grovers Mill. Me parece extraño contemplar desde mi ventana las torres de la Universidad, difuminadas y azuladas, a través de la bruma de abril. Extraño me parece mirar a los niños que juegan en las calles. Extraño me parece ver a los jóvenes que pasean sobre el césped, donde las nuevas hojas primaverales van borrando las últimas huellas negruzcas de una tierra lastimada. Extraño me parece ver entrar a los curiosos en el museo donde se exponen ante el público las piezas desarticuladas de una máquina marciana. Extraño, por último, me parece todo cuanto

recuerdo de la primera vez que la vi, brillante y limpiamente recortada, fría y silente, en el atardecer de aquel último gran día.